

La luz de la Reina

Reinado 
de María

Lumen
N.26-JUNIO 2022

Reginae

*“¡Por fin, mi
Inmaculado
Corazón
triunfará!”*

**Amar al Corazón
de Jesús con el
Corazón Inmaculado
de María.**

AL LECTOR

**He estado frente
a la Corte de Dios.**

VICTORIAS DE MARÍA

**Yo Soy el Pan
de Vida.**

REINADO DE CRISTO





Lumen Reginae

Revista oficial del
Reinado de María.
Número 26
Junio 2022

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.

El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.

«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

Ad Iesum per Mariam.

Contacta con nosotros en:

 reinadodemaria.org/

 facebook.com/Reinado-de-Maria

 instagram.com/reinadodemaria

 youtube.com/c/ReinadodeMar%C3%ADaRM

SUMARIO

04

EN LA ESCUELA DEL
INMACULADO CORAZÓN

María, Mediadora Maternal



07

ALMA MARIANA

La Visitación de María y la Solemnidad
de Pentecostés



08

VICTORIAS DE MARÍA

«He estado frente a la Corte de Dios»



10

TESTIGOS DE LA INMACULADA

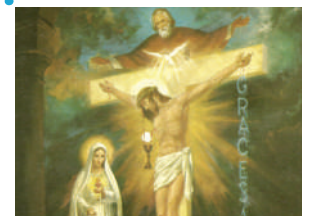
San Juan Bautista, el Precursor



12

MI INMACULADO
CORAZÓN TRIUNFARÁ

Aparición de Tuy. La consagración de Rusia



14

TOTUS TUUS

SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

¿Estás preparado para la Consagración?



16

REINADO DE CRISTO

«Yo soy el Pan de Vida...»



18

AL ENCUENTRO
CON EL DIOS UNO Y TRINO

El alma, templo de la Santísima Trinidad



AMAR AL CORAZÓN DE JESÚS CON EL *Corazón* DE LA *Inmaculada*

Estaba profetizado.

A Jesucristo le abrirían el costado, y los hombres dirigirían las miradas al Corazón traspasado por la lanza.

Las generaciones cristianas han clavado sus ojos en Jesús Crucificado, los han dirigido a la llaga del costado y a través de ella han entrado con el espíritu en su Corazón.

La Santísima Virgen nos invita a que miremos el Corazón de su Hijo y aprendamos sus enseñanzas. Nos exhorta con el ejemplo.

Ella vio penetrar la lanza en el Corazón de su Hijo, y detrás de la lanza entró Ella con su alma, más adentro que la punta de hierro.

Ella contempló a su Hijo glorioso, lo abrazó, sintió las palpitaciones amorosas de su Corazón; y entendió que las gracias merecidas en la cruz y almacenadas en aquel Corazón se desbordaban por la herida para inundar su alma.

La Virgen desea establecer el Reinado de Cristo entre los hombres. Ella nos revela las profundidades del Corazón Divino de su Hijo.

Ella es la que nos lleva a contemplar el «*costado traspasado por la lanza*», en la que resplandece la Voluntad sin confines de salvación por parte de Dios, las honduras de su Amor y Misericordia.

Ella anhela que cada uno de nosotros tengamos la experiencia de ese amor infinito de Dios por nosotros, para alejarnos del riesgo de replegarnos en nosotros mismos, para hacernos más disponibles a una vida para los demás. *«En esto hemos conocido lo que es amor: en que Él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos»* (1 Jn 3, 16).

El Corazón de Jesús es el símbolo del amor de Dios... El alma que contempla toda esta revelación del amor quisiera devolver amor por amor. Pero, por experiencia, sabemos que todos somos muy débiles. Y aquí se manifiesta el amor del Corazón Divino, que nos da a su propia Madre para que podamos



amarlo con su Corazón, el de Ella, no con nuestro pobre corazón, sino con su Corazón Inmaculado. El amor de la Inmaculada es el más perfecto amor con el que una criatura puede amar a su Dios. Con este Corazón intentemos amar cada vez más al Corazón de Jesús, y sea éste nuestro mayor deseo.

En este mes de junio, tradicionalmente dedicado al Corazón de Jesús, renovemos nuestra entrega a la Virgen. Dice San Maximiliano María Kolbe: *«Precisamente, cuanto más se consagra uno totalmente a la Inmaculada, más resueltamente puede ir a Jesús, a su Sacratísimo Corazón, sobre todo en los momentos de tentación, solo por medio de María y a través suyo, pues Ella es realmente ese camino seguro que nos conduce hasta el Sagrado Corazón de Jesús»*.



MARÍA, MEDIADORA MATERNAL
Dispensadora de todas las gracias

Habiendo creado Dios a María Madre espiritual de todos los hombres, fluye como naturalmente el oficio de Mediadora de todas las gracias que necesitan sus hijos para vivir esa vida sobrenatural que nos merecieron Jesús y María.

Dios Hijo. Jesús es el TODO: es la vida, que es la gracia, que es el amor, que es el mérito, que es la salvación. Pues si el TODO nos lo dio el Padre por María, por medio de Ella nos dará lo demás, que es menos que el TODO, que es la añadidura.

Si por María nos dio la vida, también tiene que darnos lo necesario para conservar y desarrollar esa vida. Ahora bien, como se trata de una vida sobrenatural, tiene que darnos la gracia que necesitamos, ya que la gracia es la vida y también el alimento de esa vida divina.

«¡OH VIRGEN, OH MADRE DE DIOS!, TU INTERCESIÓN ES TAN PODEROSA QUE PARA OBTENER LA SALVACIÓN NO SE NECESITAN OTROS INTERCESORES ANTE DIOS QUE TÚ. NADIE, OH SANTÍSIMA, SERÁ SALVO SINO POR TI; NADIE, OH INMACULADA, ES LIBRE DEL MAL SINO POR TI; NADIE, OH PURÍSIMA, RECIBE LOS DONES DE DIOS SINO POR TI». (SAN GERMÁN DE CONSTANTINOPLA)



El Espíritu Santo es quien mueve las almas, las santifica y las conduce, pero las gracias las da por medio de María. Dios le ha confiado este cargo de manera institucional, como si dijéramos oficialmente, y le ha comunicado todas las facilidades necesarias para hacerlo bien.

¡Gracias, Señor! ¿Dónde y en quién podías depositar mejor y con más seguridad y confianza estos tesoros infinitos que en María Madre?

Enseña San Luis María de Montfort «*que el Altísimo hizo a María Tesorera única de sus riquezas y dispensadora singular de sus gracias para ennoblecer, levantar y enriquecer a quien Ella quiere; para hacer caminar por la estrecha senda del cielo a quien Ella quiere, y para dar el trono, el cetro y la corona de rey a quien Ella quiere. Jesús, en todas partes y siempre, es el fruto y el Hijo de María, y María es, en todo lugar y tiempo, el árbol verdadero que contiene el fruto de la vida y la verdadera Madre que lo produce*». (VD 44)

A Jesús por María

Ella había sido hecha Madre de Dios y Madre de la Iglesia en la Encarnación. Y en Pentecostés, cuando se trata del nacimiento de la Iglesia como tal, el Espíritu Santo, que nada obra sin «*su única e indisoluble*

Esposa» (S. L. de Montfort), el viento de Pentecostés que trajo al Espíritu Santo sobre los apóstoles, fue impulsado por el mismo Sí de María, que había arrebatado del Seno del Padre a su propio Hijo (de quien procede el Espíritu Santo) para hacerlo fruto del virginal Seno: Y «*aparecieron (como salidas del mismo lugar) unas como lenguas de fuego, que se repartieron sobre cada uno de ellos, quedando todos llenos del Espíritu Santo*» (Hch 2,3).

San Germán de Constantinopla, arrobado de amor, se expresa así: «*¡Oh Virgen, oh Madre de Dios!, tu intercesión es tan poderosa que para obtener la salvación no se necesitan otros intercesores ante Dios que Tú. Nadie, oh Santísima, será salvo sino por Ti; nadie, oh Inmaculada, es libre del mal sino por Ti; nadie, oh Purísima, recibe los dones de Dios sino por Ti*».

Mediadora y Distribuidora

Es doctrina católica que, por libre disposición, Dios quiso asociar a María Santísima a la obra de la Redención en calidad de Corredentora y de Dispensadora universal de todas las gracias que se han concedido o se han de conceder a las almas hasta el fin de los tiempos. Es una verdad *definible* por la Iglesia cuando ésta lo considere oportuno.

La Virgen, en los cielos,

desempeña sin cesar el oficio de abogada en el negocio de nuestra salvación.

Dice el Papa León XIII: «*Ella, por Voluntad de Dios, comenzó a velar por la Iglesia y a otorgarnos su maternal protección, de tal modo que, después de haber sido cooperadora en la obra maravillosa de la redención humana, vino a ser para siempre la dispensadora de las gracias, frutos de esa misma redención, habiéndosele otorgado para ello un poder cuyos límites no pueden columbrarse... Se la ha llamado, entre otros muchos nombres, nuestra Señora, nuestra Mediadora, la Reparadora del mundo, la Dispensadora de las gracias de Dios*».

Al decir «todas las gracias» queremos significar la gracia santificante, las virtudes infusas teológicas y morales, los dones del Espíritu Santo, las gracias actuales, los dones carismáticos y aun los favores temporales que de algún modo influyen en nuestro fin sobrenatural. En resumen, todo lo que produce, conserva, aumenta o perfecciona la vida sobrenatural del hombre. Esto se extiende universalmente a los beneficiarios de la misión de María, porque afecta a todos los seres humanos de todos los tiempos e incluso a las almas del purgatorio.

San Alfonso María de Ligorio, ínclito paladín y defensor brillantísimo de la mediación universal de María, en un libro fundamental en mariología titulado *«Las Glorias de María»*, en su Capítulo V, afirma que la intercesión de María es necesaria para nuestra salvación. Y tal necesidad nace de la misma Voluntad de Dios, que quiere que todas las gracias se nos dispensasen por las manos de María. Cita a San Bernardo: *«Busquemos la gracia y busquémosla por manos de María, pues así como Holofernes, para conquistar la ciudad de Betulia, ordenó que se rompieran las cañerías de las aguas, así el demonio procura cuanto puede cegar el canal de la devoción a la Madre de Dios para así perder las almas, porque sabe que, una vez cegado este canal, la conquista de ellas es cosa fácil»*. Y termina: *«Considerar en qué afecto y devoción quiere el Señor que honremos a Aquella en cuyas manos puso la plenitud de todo bien, a fin de que sepamos que, si tenemos algo de esperanza, de gracia o de salvación, todo ello nos viene de la Reina de los Cielos»*.

«Nadie duda que por los méritos de Cristo se concedió a María la excelsa autoridad de ser Mediadora de nuestra

salvación, como dice San Buenaventura. Y San Lorenzo Justiniano añade: ¿Cómo no ha de ser llena de gracia la que fue constituida escala del Paraíso, puerta del Cielo y verdadera Mediadora entre Dios y los hombres?».

Pero ¿de qué modo cumple nuestra Señora esta misión?

María, por disposición divina y en subordinación a Cristo, *«vive siempre intercediendo por nosotros»* (Hb 7,25). En esta función mediadora hay que observar tres cosas:

— **Primera**, ella sabe todas nuestras necesidades espirituales, pues como Madre de todos los hombres debe estar enterada de todo lo que directa o indirectamente influye en la vida sobrenatural, que es misión suya darnos y cultivar en nosotros.

— **Segunda**, su ilimitada caridad materna le impele a orar por nuestras necesidades. Que ruega por nosotros es materia de fe y está incluido en el dogma general de la intercesión de los santos (cf. D 984).

— **Tercera**, su intercesión es poderosísima y efficacísima. Sus plegarias son siempre escuchadas, porque Dios no dejará de oír a la que Él ama

y honra sobre todas las criaturas. Justamente, pues, la honra la tradición católica con el título de: *omnipotencia suplicante*.

La intercesión de María ante la omnipotencia de Dios es siempre eficazísima, de suerte que María no pide jamás a Dios una sola gracia que no la obtenga de Él infaliblemente.

Es cierto que, sin la intercesión de María, la justicia de Dios seguiría su curso, pero Dios mismo quiere que la Virgen recurra a su misericordia. La Virgen obtiene todas las gracias que quiere, a quien Ella quiere y de la manera que quiere. Gracia pedida, gracia concedida. Porque la Virgen no puede tener otra voluntad que la Voluntad de Dios, y los favores que Ella solicita para sus protegidos los pide sabiendo que Dios quiere que Ella los pida y que los conceda solamente porque Ella los pide.

Muy a propósito advierte San Anselmo: *«Cuando pedimos a la Señora nos obtenga sus gracias, no es porque desconfiemos de la Divina Misericordia, sino más bien porque nada fiamos de nuestra propia dignidad, y nos encomendamos a María para que su dignidad supla nuestra miseria»*.



«ELLA, DESPUÉS DE HABER SIDO COOPERADORA EN LA OBRA DE LA REDENCIÓN HUMANA, VINO A SER PARA SIEMPRE LA DISPENSADORA DE LAS GRACIAS, HABIÉNDOSELE OTORGADO PARA ELLO UN PODER CUYOS LÍMITES NO PUEDEN COLUMBRARSE... SE LA HA LLAMADO NUESTRA SEÑORA, NUESTRA MEDIADORA, LA REPARADORA DEL MUNDO, LA DISPENSADORA DE LAS GRACIAS DE DIOS». (LEÓN XIII)

La Visitación de María

Y LA SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS

Finaliza el mes de mayo con la fiesta de la «Visitación de María» y comienza junio con la gran Solemnidad de Pentecostés. ¡Cómo no unir ambas celebraciones litúrgicas —el Espíritu Santo con su Esposa— de manos de nuestro P. Molina! Él nos dice:

«El Espíritu Santo, cuando irrumpe, pone en movimiento, hace obrar sin tardanza. Nos empuja a irradiar lo que llevamos dentro, como lo hizo en María Santísima: engendró a Jesús en su vientre y de inmediato la lanzó a la misión. “Y María se puso en camino...”».

Y se puso en camino con diligencia para prestar un servicio: saludar a Isabel por el gran acontecimiento de ser madre del precursor; para mostrarle un afecto, una adhesión, que estaba con ella, que las cosas de Isabel interesaban a María como si fuesen las suyas propias. Para mostrar que acogía a Isabel y a todas sus cosas. Para servirla.

Nota característica del Espíritu: se sacude la pereza. ¡Cuándo aprenderé a tener diligencia en todo lo que pongo! El Espíritu Santo es el que la pone en el alma porque es dinamismo, fuerza operante, eficacia, fuego. No es estático. Es actividad creadora de Dios.

El gozo de María es inmenso. Difusión de este gozo es toda la escena de la Visitación de Santa María a su prima Santa Isabel. Esta escena tiene su momento álgido en el:

“Nada más puesta la voz de tu saludo en mis oídos, brincó en saltos de gozo el niño en mi vientre”; y “feliz tú, la que creíste...”. Y, sobre todo, en el Magnificat: “Y mi espíritu se llena de gozo a causa de Dios, mi Salvador”.

María se intuye y se ve en su grandioso papel irrepetible: Madre de Dios, por pura benevolencia. Jesús trae alegría. Y el gozo de María es más inmenso porque ve su irrelevancia y la altura de la dignidad de Madre de Dios. María recoge la alegría de todas las generaciones.

El Magnificat es todo el cuerpo místico expresando su gozo por la boca de María».

Dejemos que el Espíritu Santo y Santa María visiten nuestras almas para comunicarnos la gracia, para santificarnos. Así seremos portadores del Dios que llevamos dentro e irradiaremos alegría a todo el que se encuentre con nosotros.





«He estado frente a la Corte de Dios»

CONDENADO POR CRISTO AL INFIERNO Y SALVADO POR LA INTERCESIÓN DE LA VIRGEN

El P. Steven Scheier vivió una experiencia cercana a la muerte tras un accidente de coche, en la que sufrió una fractura del cuello y un corte cerebral. Fue entrevistado por la Madre Angélica en la cadena de televisión EWTN el 15 de abril de 1997, donde dio testimonio de lo sucedido.

Steven fue ordenado sacerdote el 26 de mayo de 1973 en la diócesis de Wichita (Kansas, U.S.A.) y su primer destino fue la parroquia del Sagrado Corazón, en Fredonia. Si bien cumplía con los deberes que le estaban asignados y los feligreses tenían un buen concepto del joven sacerdote, la verdad es que no cultivaba su fe ni su vida espiritual.



**Padre
Steven
Scheier**

Le preocupaba más lo que otros pensarán de él y cuidar su prestigio. Siempre lleno de compromisos, poco tiempo dejaba para la oración y la reflexión sincera. Así, aunque se confesaba con regularidad, no lo hacía bien. En algunos momentos era consciente de su fragilidad, pero no buscaba los apoyos necesarios para convertirse.

El 18 de octubre de 1985 fue el accidente. Steven fue arrojado del vehículo, y sufrió laceraciones

en la cabeza. En una semi-consciencia vio a una mujer que le practicaba los primeros auxilios. Ella era enfermera, venía en un vehículo atrás de él e hizo lo que pudo, pues vio que además Steven tenía el cuello roto...

En el hospital los médicos no daban casi posibilidades de supervivencia al sacerdote que permanecía sedado con morfina. Sin embargo, cuando se supo del accidente, los miembros de su parroquia y de otras comunidades cercanas se pusieron a orar por él. Steven se recuperó así de manera sorprendente y rápida.

El 2 de diciembre recibió el alta médica. En el mes de abril de 1986 le retiraron los aparatos que lo tenían inmovilizado. De regreso a su parroquia, celebró la Santa Misa. Correspondía ese día el Evangelio de San Lucas 13, 6, cuando Jesús cuenta la parábola en que el Dueño de un viñedo ordena al viñador cortar una higuera que no daba fruto desde hacía tres años. El viñador intercede y propone abonarla y cuidarla durante un año más para ver si da fruto, y si no, la cortará. Inesperadamente, dice el sacerdote, mientras leía este Evangelio, la página se volvió luminosa...

El día de su Juicio

Comenzó a recordar lo ocurrido instantes después del accidente. En aquel trance no veía a na-

die, pero sí escuchaba voces. El Padre Steven se encontraba en la presencia de Dios. Ante el amor puro de Jesús, el sacerdote recuerda que podía sentir con claridad su ser pecador cuando el Señor le dijo: *«Te amo, acércate»*. Supo así que se enfrentaba a su juicio particular.

Entonces se hicieron evidentes muchos pecados mortales que no había confesado, por dejar siempre todo eso para más tarde. Dice el sacerdote que sintió luego el Amor Justo de Dios cuando su Señor le dijo: *«Tu sentencia es el infierno por toda la eternidad»*. Y solo contestó: *«Sí Señor, lo sé»*. No había excusas, pretextos ni justificaciones posibles. El juicio era justo y lo sabía.

En ese instante el sacerdote escuchó una voz

femenina que intervino: *«Hijo, por favor, ¿puedes perdonar su vida y su alma inmortal?»*. Y el Señor Jesús contestó: *«Él ha sido sacerdote por doce años para sí mismo y no para Mí. Dejemos que coseche el castigo que merece»*. Acto seguido, aquella dulce voz femenina replicó: *«Pero Hijo, si le damos gracias especiales, entonces veamos si da frutos; si no, hágase Tu Voluntad»*. Aún recuerda el sacerdote cuánto sintió el amor Misericordioso de Dios mientras el Señor respondía: *«Madre, es tuyo»*.

Sobra decir que desde ese instante la Virgen María comenzó a estar presente en todo, en su mente y en su corazón. La conversión del sacerdote fue radical. Dios le dio una nueva oportunidad, para ser testigo de su Amor y Misericordia.



San Juan Bautista

EL PRECURSOR

Desde mucho antes de la venida de Cristo, estaba anunciado en los profetas que el Mesías tendría un Precursor. Jesús mismo, refiriéndose a Juan, dice: *«Este es de quien está escrito: 'He aquí que yo envío mi mensajero delante de ti, que preparará por delante tu camino'»* (Lc 7,27; cf. Mi 3,1).

El arcángel San Gabriel diría de él que *«será grande a los ojos del Señor»* (Lc 1, 15). Y más tarde, el mismo Jesús hizo el panegírico de su precursor con una frase encomiástica: *«No ha nacido de mujer uno más grande que Juan el Bautista»* (Mt 11,11). Y el evangelista San Juan, haciendo alusión a su misión, afirmó que él había venido para *«dar testimonio de la luz»*, a fin de que por él todos creyeran. Y aclara que *«no era él la luz, sino que vino a dar testimonio de ella»* (cf. Jn 1, 6.8).

Juan Bautista fue un santo que estuvo a la altu-

ra de la misión que Dios le confió y a través del cual Dios pudo obrar grandes maravillas. Como era el Precursor del Mesías, su vida, como la de Jesús, comenzó acompañada de hechos prodigiosos.

Su nacimiento fue anunciado por el Arcángel San Gabriel, el mismo que anunció a María el nacimiento de Jesús. Y su concepción fue milagrosa, pues sus padres eran ancianos y estériles.

Por indicación del ángel, el niño debía llevar el nombre de Juan, que significa «gracia» o «misericordia de Yahvé». Y en realidad Dios obró en él y a través de él su gran misericordia, ya que el niño quedó libre del pecado original y santificado en el seno de su madre, por mediación de la Virgen Santísima. En efecto, cuando María se enteró que su anciana prima Isabel estaba encinta se apresuró a ir donde ella para prestarle sus cuidados. Al llegar y saludar a su prima, Isabel se estremece y dice: *«Ben-*





ditada tú entre las mujeres y Bendito el fruto de tu vientre. ¿Quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor? Pues en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre». Fue una gracia que hizo Jesús a su precursor por intercesión de la Virgen.

Todo este relato de la Visitación de María a su prima Isabel es estallido de gozo que prorrumpe en alabanza. Isabel estalla de gozo ante María. María estalla de gozo viéndose en Dios tan encumbrada. Y el niño Juan en el vientre estalla de gozo ante el Niño Dios.

Este saltar del niño en el vientre de su madre, es una señal que el Espíritu Santo da a Isabel de que está ante la Mujer que lleva en su vientre al Hijo de Dios. Desde ese momento Juan comenzó a ejercer ya su oficio de Precursor. Y lo ejerce lo primero con su madre: con sus saltitos hizo comprender a Isabel que estaba ante la Madre de Dios.

La palabra de María Santísima obró, en este episodio, comunicando la gracia. Y también aquí la Virgen hizo de educadora de Juan, pues gracias a su palabra, el niño comprendió su misión.

Es lo que más adelante

haría Juan también ante todos aquellos que acudieran a Él: llevarlos hasta Dios. Juan no busca que la gente se quede en él y lo alabe, sino que las almas encuentren a Dios: «*He ahí al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*» (Jn 1, 29).

Poco después los prodigios que tuvieron lugar en el nacimiento de Juan fueron tan extraordinarios que dieron lugar a que los vecinos comentaran: «*¿Qué será de este niño?*» (Jn 1, 57).

Pero todos estos privilegios solo eran preludios de la gran santidad a que Dios le destinaba; eran dones gratuitos de Dios a los que él supo corresponder con su obediencia a la Voluntad de Dios que lo fue guiando hasta alcanzar la eminente santidad a la que llegó, finalizando su vida con un glorioso martirio como testimonio de su fidelidad a la verdad.



La Consagración de Rusia

APARICIÓN DE TUY, 13 JUNIO DE 1929

Aparición de Tuy, 13 de junio 1929

El día 13 de julio de 1917, Nuestra Señora le había prometido a Lucía venir a pedir la consagración de Rusia a Su Inmaculado Corazón. Pasados doce años, el 13 de junio de 1929, una noche en que se encontraba sola haciendo adoración delante del Santísimo Sacramento, la Pastorcita tuvo una visión en la que se le mostró el misterio de la Santísima Trinidad. Junto a esta visión estaba Nuestra Señora de Fátima, con su Inmaculado Corazón en la mano izquierda. Vio también unas letras grandes, como si fuesen de agua cristalina, que se deslizaban por encima del Altar y formaban estas palabras: «GRACIA y MISERICORDIA».

Estas dos palabras que Lucía contempló en la visión son los frutos del Sacrificio de la Cruz, actualizado en cada Santa Misa y de la cual corre como río caudaloso sobre toda la humanidad la GRACIA y la MISERICORDIA de Dios.

Como en el Calvario, María está presente como Intercesora y Corredentora. Ella es la Mediadora de todas las gracias y no se cansa de buscar a sus hijos extraviados con su amor maternal y de avisarles de los peligros que corren, colocándose en nombre de ellos delante del Padre, pidiendo misericordia. María es la personificación del amor del Padre que nun-

ca abandona a sus hijos y quiere salvarlos. ¡Una vez más viene a pedir! Confía a la Pastorcita una petición que ha de hacer al Santo Padre, de cuya realización depende mucho bien para el mundo.

La consagración de Rusia:

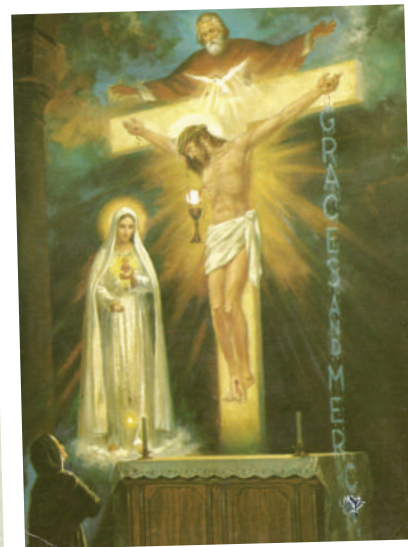
En la visión, la Virgen dijo a Lucía:

«Ha llegado el momento en que Dios pide al Santo Padre que haga, en unión con todos los Obispos del Mundo, la Consagración de Rusia a Mi Inmaculado Corazón, prometiendo salvarla por este medio. Son tantas las almas que la Justicia de Dios condena

por pecados contra Mí cometidos que vengo a pedir reparación: sacrificate por esta intención y reza».

Lucía puso todos los medios a su alcance para conseguir que la petición de la Señora fuera atendida, pero encontró muchas dificultades y no se hizo lo que la Virgen quería tal cual Ella lo había solicitado, es decir, la Consagración de Rusia en unión con todos los obispos del mundo.

¿Y por qué esta exigencia de Dios de que esta consagración fuese



hecha en unión con todos los Obispos del mundo? Porque esta Consagración es una llamada a la unión de todos los cristianos – Cuerpo místico de Cristo – cuya cabeza es el Papa. Y de esta unión depende la Fe en el mundo, y la Caridad que es el lazo que a todos nos debe unir en Cristo, como Él lo pidió al Padre: *«Como Tú, Padre, estás en Mí y Yo en Ti, que también ellos estén en Nosotros, para que el mundo crea que Tú Me enviaste... Yo en ellos y Tú en Mí, para que ellos sean perfectos en la unidad y para que el mundo reconozca que Tú Me enviaste y los amaste, como Me amaste a Mí».*

Viendo cuán difícil resultaba que se hiciera caso a la petición de la Virgen, Lucía preguntó una vez a Nuestro Señor por qué no convertía a Rusia sin que fuese necesaria la Consagración. El Señor le respondió: *«Porque quiero que toda mi Iglesia reconozca esa consagración como un triunfo del Corazón Inmaculado de María, para después extender su culto, y poner al lado de la devo-*

ción de mi Divino Corazón, la devoción de este Inmaculado Corazón... El Inmaculado Corazón de María ha de salvar a Rusia, ella le está confiada».

Más tarde la Virgen se quejó ante su joven confidente y le dijo: *«¡No quisieron atender a Mi petición!... Como el rey de Francia, han de arrepentirse y la harán, pero será tarde. Rusia habrá ya extendido sus errores por el mundo, provocando guerras, persecuciones a la Iglesia: el Santo Padre tendrá mucho que sufrir».*

Finalmente, la consagración fue hecha por el Santo Padre Juan Pablo II, en Roma, públicamente, el día 25 de marzo de 1984 con todos los Obispos del mundo que se quisieron unir. Se hizo delante de la imagen de Nuestra Señora, que se venera en la Capillita de las Apariciones en la Cova da Iría, Fátima, que el Santo Padre mandó llevar a Roma, para marcar bien que la Consagración que iba a hacer delante de esta imagen era la pedida por Nuestra Señora.

En ese tiempo la humanidad atravesaba por uno de los momentos más críticos de la historia en la cual las grandes potencias proyectaban una guerra nuclear que destruiría el mundo en su mayor parte. Después de esta consagración, uno de los principales jefes del comunismo ateo marchó a Roma para encontrarse con el Santo Padre reconociéndolo como supremo representante de Dios, para darse el abrazo de paz, pidiendo perdón por los errores de su partido.

Ahora una nueva guerra, promovida precisamente por Rusia, amenaza a la humanidad. Una vez más la salvación del mundo está en que hagamos caso al mensaje de la Señora y demos marcha atrás en el camino del pecado y recemos el Santo Rosario todos los días, como Ella tantas veces nos lo ha pedido. Y no debemos perder la esperanza, pues estamos seguros de que una vez más se cumplirá la promesa de la Virgen:

«Por fin Mi Inmaculado Corazón triunfará».



¿Estás preparado para la Consagración?



Como vimos anteriormente, necesitamos una preparación para que nuestra consagración a la Santísima Virgen María sea fructífera. No conviene entrar en el molde perfectísimo de Santa María, consagrarse a Ella, en frío, sin pasar por esta etapa de la preparación. Es saber a qué nos comprometemos, y disponernos con esa blandura de alma necesaria para dejar que Ella plasme en nosotros todos los rasgos de Jesucristo.

Los pasos de esta preparación se pueden hacer en unos Ejercicios Espirituales, Retiros, etc., y aunque se pueden tener otros métodos, es recomendable seguir el esquema de San Luis M^a Grignon.

Podemos encontrar su descripción al hablar de las prácticas exteriores, y más concretamente de la Consagración (Nros. 227 al 233 de la “Verdadera Devoción”):

«Quienes deseen abrazar esta devoción particular [...] dedicarán –como he dicho en la primera parte de esta preparación al reinado de Jesucristo– doce días, por lo menos, a vaciarse del espíritu del mundo, contrario al de Jesucristo, y tres semanas en llenarse de Jesucristo por medio de la Santísima Virgen».

Seguiremos esta secuencia en los pasos: doce días preliminares para vaciarse del espíritu del mundo. Julio: para el conocimiento propio. Agosto: el conocimiento de Santa María. Septiembre: el conocimiento de Jesucristo. Al final, en octubre, la Consagración.

Primer paso: Conocimiento y renuncia al espíritu del mundo.

La renuncia al mundo, que está bajo el poder del maligno o satanás, que es su príncipe, es perentoria para un cristiano que quiere vivir su fe. Es algo básico en la iniciación o catecumenado: Por el bautismo somos sacados del mundo y consagrados a Dios. Tenemos que conocer la doctrina evangélica y renunciar a muchas obras y criterios que son ajenos e incluso contrarios a los enseñados por Jesucristo.

Como esto es una labor sobrenatural, necesitamos la oración y la ayuda del Espíritu Santo. Para recibir el Vino nuevo de Jesús, el de la nueva Alianza, tenemos que ser odres nuevos. Es algo que rompe con los esquemas que hemos tenido hasta ahora. Tenemos que dejarnos guiar por Dios, y para eso, dedicamos un periodo más largo a la oración.

Cada persona vea sus propias circunstancias. Es primordial dedicar a esta oración (mental y vocal) un rato al día, suficientemente largo y sosegado, dejando otras ocupaciones.

Cada día empezaremos la meditación con estas oraciones: El *Ven Espíritu Creador, Ave Maris Stella* y el *Magnificat*.

Según los días, se tendrán lecturas y meditación de pasajes de la Sagrada Escritura, y libros de espiritualidad, y vidas de santos. Para la primera etapa se suelen señalar los siguientes, y además cada cual puede añadir alguno parecido que le atraiga más.

Nuevo Testamento: El Sermón del monte, cuyo centro son las Bienaventuranzas (Mt 5, 1-19. 48; Mt 6, 1-15; 7, 1-14).

La Imitación de Cristo (de Tomás de Kempis): Libro 1º, capítulos 13, 18 y 25. Libro 3º, capítulos 7, 10 y 40.

Todo el Nuevo Testamento lo dice. «*Hijos, no améis el mundo*». O somos de Cristo o somos del mundo, pues hay entre ambos una enemistad irreconciliable. El mundo lleva a la concupiscencia de los ojos, de la carne, y a la soberbia (1Jn 2, 15).

San Ignacio de Loyola, en sus Ejercicios Espirituales, muestra las estrategias de los

dos caudillos: la de Satanás es la riqueza, la honra, y el crecimiento en la soberbia. Pero Cristo anima a lo contrario: pobreza, humildad... Todos los santos, nuestros hermanos, nos dan ejemplo en sus vidas, para conocer cuál es la línea del Espíritu Santo en cada época. Hacen oración, y tienen ese sexto sentido para ir por donde Dios quiere.

En el mensaje de la Virgen Nuestra Señora de Fátima, es igual. Lleva a la conversión, a apartarse del mundo. «Yo soy del Cielo». Si nuestra Madre es del Cielo, también nosotros. No somos de aquí. Y también dijo en la aparición de octubre: «*No ofendan más a Dios nuestro Señor, que ya está muy ofendido*».

El contacto con la Señora en Fátima hace de unos niños sencillos de la sierra unas almas tocadas por el Espíritu Santo, dispuestas hasta al martirio. Viendo a la linda Señora, vestida de sol, el apego a lo del mundo cae como una escama. Veamos a Francisco, que amonesta a su prima, importunada por las amigas: «*¡Recuerda que prometimos no volver a esas comidas y esos bailes!*». La pequeña Jacinta en un momento deja de jugar y correr para ofrecer un sacrificio al Señor por la conversión de los pecadores. Lucía desde su convento escribirá que para

ella el mundo no es más que un camino para ir al Cielo.

Los pecados del mundo son muy grandes. Estas grandes ofensas a Dios son odios, discordias, guerras, aborto, eutanasia, lujurias de todo tipo, injusticias... Vienen de esas tácticas diabólicas de riqueza, ambición, egoísmo, honras, soberbia.

No nos creamos exentos. Las caídas pequeñas debilitan, crean hábitos malos, desaniman, endurecen y nos resbalan a las grandes cuando viene una ocasión mayor. Conozcamos en la oración esos malos criterios, esos defectos dominantes que tenemos, para cortar el pecado desde su primer rastro.

San Luis María dice que Dios suscitará al final grandes santos, llenos del Espíritu Santo y del espíritu de María. Por medio de estos apóstoles la Virgen Soberana triunfará, con su labor Ella destruirá el pecado y establecerá el Reino de Jesucristo.

Para vencer al mundo corrompido, es necesario detectar claramente sus rastros en nosotros, pues hemos sido sacados de su fango; después, limpiarnos, inmunizarnos. Una vez vencido al enemigo desde dentro, y consagrados a María, podremos ser sus instrumentos para su éxito total. (cfr. SM 59).

«Por mucho que ames a María Santísima, Ella te amará siempre mucho más de lo que la amas tú». (San Ignacio de Loyola)



Yo soy el Pan de Vida

«Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo» (Jn 6,51).

El Pan que ha bajado del Cielo y da la Vida de Dios a los hombres es Jesucristo en la Eucaristía.

La Eucaristía es continuidad universal, cercana, íntima, de la más hermosa de las verdades: el Misterio del Hijo de Dios hecho Hombre, por la Vida del mundo.

Desde la Encarnación, Cristo arde como llama encendida en el Espíritu de Dios, que es Amor. Y pues Amor es darse, Cristo es el Hombre perfecto que no vive para sí, sino por los demás. Hasta el infinito del Amor, que ha sido darse en absoluto. Morir en Sacrificio voluntario para que los otros tengan Vida. Y hacer perenne, universal e íntima esta entrega sacrificial en el Pan eucarístico.

Su Carne y Sangre son au-

téntica comida y bebida: sacian el hambre y sed del espíritu humano que nada más puede saciar. La Eucaristía es convite de Dios a los hombres. Un convite significa y realiza la voluntad de comunicar a los amigos el gozo de la propia abundancia. En la Eucaristía, Dios Amigo nos da todo su Bien que es Él mismo.

Los hombres estamos ciertamente golpeados, rotos, en lastimosa situación de desastre. Y Jesús se ha mostrado durante su vida y a lo largo de los veinte siglos de existencia de su Iglesia, como el capaz, competente y poderoso para remediar esa nuestra situación de desastre, como el cumplidor fiel de sus promesas.

Dios, en Jesús, se ha mostrado bueno con nosotros: llevó sobre sí nuestros pecados para

hacerlos desaparecer definitivamente, resucitó para darnos su resurrección, se llevó al cielo, a la derecha de Dios Padre nuestra humanidad, en su ascensión.

Jesús, desde el cielo, desde su sitio del máximo poder sobre todo el universo, es nuestro único y auténtico Salvador, es el único capaz de dar salvación íntegra a nuestro mundo sumergido en un profundo caos.

Y se ha quedado con nosotros hasta el fin del mundo, con su Presencia verdadera, real y substancial en el Sacramento de la Eucaristía.

El seguir a Jesús para salvarse es de capital importancia. No seguir a Jesús es nuestra ruina total, inevitable. No seguir a Jesús es, sencillamente, condenarse: «En el nombre de Jesús



Nazareno... éste está sano ante vosotros; ni ha sido dado a los hombres otro nombre, bajo el cielo, en el cual puedan ser salvados». (Hech 4,10-12)

El mundo rechaza a Jesús. ¿Esto indica que Jesús está desacreditado, que no vale? No. Esto lo que indica es que el mundo es el que se desacredita a él mismo rechazando a Jesús. El que un buen alimento sea rechazado por un enfermo, no indica que el alimento sea malo sino, al contrario, que es el enfermo el que está mal.

No seguir a Jesús es caer en negra decadencia. Hoy el mundo no sigue a Jesús. De ahí la drogadicción, el alcoholismo, la sexualidad aberrante, los conflictos, las luchas, las divisiones... No seguir a Jesús es la pérdida de todos los bienes que nos ha traído Jesús.

«Si alguno está en Cristo, es nueva criatura. Lo viejo pasó. He aquí que hago todo nuevo»

(2Co 5,17). En Cristo, y solo en Cristo hay esperanza, hay regeneración, hay superación. Superación de instintos malos, de vicios por arraigados que estén.

A pesar de tanta maldad y desastre que hay en el mundo, hay en él también elevado nivel ético: se debe a Jesucristo.

Jesús se interesa por ti. Eso es el Evangelio. Pero que tú no te intereses por Jesús: eso es el desastre de tu vida.

En estos días celebraremos la Solemnidad de Corpus Christi. Jesús Sacramentado recorre en triunfo las calles de las poblaciones católicas.

Los hombres rinden a su Rey tributo de reverencia y amor; y Jesús Sacramentado en manos del sacerdote los bendice.

Se quedó Jesús con los hombres en la Eucaristía. Se le pedía el Corazón y su omnipotencia se puso al servicio del amor.

Jesucristo está presente en la Eucaristía, adorémosle.

Delante de Dios, oculto debajo de las especies sacramentales, humillemos el cuerpo con actitud reverente y humillemos sobre todo el alma con actos de anonadamiento y sumisión.

Y digámosle, como enseñó el Ángel a los Pastorcitos de Fátima:

«Santísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo, os adoro profundamente y os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que Él mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de su Santísimo Corazón y del Corazón Inmaculado de María, os pido la conversión de los pobres pecadores».

El alma del cristiano

TEMPLO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

El Mensaje de Fátima es el Corazón Inmaculado de María que nos lleva al encuentro con Dios Trinidad, que es el fundamento de nuestra religión.

La Santísima Trinidad

Es un dogma de fe que todos los cristianos debemos creer. ¿Y en qué consiste ese misterio de la Santísima Trinidad? Que existe un solo Dios, una sola esencia divina. Pero en ese Dios único, hay tres personas distintas que se llaman: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

El Padre que es Dios, el Hijo que es Dios y el Espíritu Santo que es Dios.

Sabemos, porque el mismo Dios nos lo ha revelado, que nuestro Dios es una familia de Personas augustas, que tienen la misma esencia divina. Dios se conoce a Sí mismo; y como nosotros, al conocer una cosa, formamos en nuestra inteligencia una imagen de ella; también Dios, al conocerse a Sí mismo, forma una imagen perfectísima de Sí mismo, que es el Hijo. El Padre y el Hijo se aman con un amor infinito; y ese amor con que se aman es el Espíritu Santo.

Al recibir el Bautismo

El sacerdote bautiza al niño como lo mandó Jesucristo en el nombre de la Santísima Trinidad: «*Id por todo el mundo, y bautizad a todos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*», dijo Jesucristo; y el sacerdote derrama el agua sobre la cabeza en nombre de las tres divinas personas: «*Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*».



El agua bautismal limpia el alma del pecado original. Y a ese templo desalojado del demonio, limpio del pecado, consagrado y dedicado a Dios, viene a vivir la Santísima Trinidad.

¿Qué hace la Santísima Trinidad en nuestra alma?

La Santísima Trinidad que vive en el alma produce la gracia santificante, ese ser divino que penetra la sustancia misma del alma y la diviniza y la hace semejante al mismo Dios; Dios la adopta por hija suya. De la gracia brotan las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo que perfeccionan las facultades del alma para que puedan producir obras sobrenaturales, obras merecedoras del cielo.

La Santísima Trinidad ha dotado al alma de ese organismo maravilloso: gracia santificante, virtudes infusas, dones del Espíritu Santo. Y además le da las gracias actuales, luces con que ilumina el entendimiento y fuerzas con que mueve la voluntad.

El hombre tiene que cooperar, correspondiendo a las gracias de Dios y entonces hará obras virtuosas, obras sobrenaturales por las cuales merecerá vivir con la familia divina en el cielo.

El cielo en nuestra alma

La fe nos dice que la Santísima Trinidad habita en el alma del justo.

Lo dice el mismo Jesucristo: «Si alguno me ama, guardará mis enseñanzas, mi

Padre lo amaré y vendremos a él y pondremos en él nuestra morada».

Dios está en todas partes. Pero la presencia de Dios en el alma del justo es una presencia especial, distinta de la que tiene en todas las otras cosas.

En el alma del justo está presente, no sólo Dios Creador y Conservador de todas las cosas, está la Santísima Trinidad.

Por eso el alma del justo que ama a Dios, que no tiene pecado mortal, es templo de la Santísima Trinidad. El alma del justo es un pequeño cielo.

Cuidemos ese templo

Porque el alma del justo es templo santísimo, exhorta tanto San Pablo a que no manchemos ese templo con pecados veniales; a que no lo profanemos haciendo en él algo que ofenda a la mirada de la Santísima Trinidad; y a que no destruyamos ese templo y obliguemos a la Santísima Trinidad a que lo abandone.

Lo que destruye ese templo es el pecado mortal. Cuando el alma comete un pecado mortal, el templo de la Santísima Trinidad queda destruido, y la Santísima Trinidad se va del alma, porque le han destruido la morada donde vivía.

Glorifiquemos a la Santísima Trinidad

No arrojar a la Santísima Trinidad del alma, no destruir su templo, es poco; tenemos que tratar como merece a ese

Huésped divino. Lo primero caer en la cuenta de que vive dentro de nosotros. Después adorar a las tres divinas personas. Además, ofrecerles el sacrificio de nuestras buenas obras.

Al principio de las obras principales hacemos la señal de la cruz; y decimos: en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Estas palabras que pronunciamos rutinariamente quieren decir que la obra que vamos a comenzar se la consagramos a la Trinidad Santísima, que vive dentro de nosotros.

Si viviéramos esta vida interior imitaríamos a la Santísima Virgen. Ella vivió continuamente glorificando a Dios por las maravillas que estaba obrando en Ella.

El *Magnificat*, que en un momento de fervor salió de sus labios, no fue más que una erupción momentánea de los sentimientos que ardían continuamente en su corazón: «*Engrandece Mi alma al Señor; porque ha obrado en Mí grandes cosas el que es Todopoderoso*».

Grandes cosas está obrando en nuestras almas la Santísima Trinidad que habita en ella. Glorifiquémosla como la Santísima Virgen.



“Con María la alegría de Dios entra en el mundo”.

(M. M^{ra} Teresa De Simone)



1 Celebración del Mes de María en el Didascalio María Virgen Misionera en Tacarigua (Venezuela), 2 Festival de Canto Mariano en el Didascalio San José Obrero de Cusco (Perú), 3 Misión Mariana socio asistencial para los más necesitados en Untuca-Quiaca (Perú), 4 Nueva valla publicitaria del Santo Rosario por la paz en San Miguel - Buenos Aires (Argentina), 5-6 Actividades sociosanitarias en el centro médico Hermana Josefina Serrano dirigidas por el grupo del Reinado de María en Cusco (Perú), 7 Jornada Mariana en la comunidad andina de Miskiuno de Acopía (Perú), 8-9 Santo Rosario Internacional del Grupo de Jóvenes Unidos Marianos Misioneros (JUMM) y Festival Mariano, 10-11 Procesión con la Santísima Virgen María dirigido por el grupo de jóvenes del JUMM en Fátima (Portugal), 12-13 Día de Nuestra Señora en la Creche Sao José Operário en Brasilia (Brasil).

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

Conecta con nosotros

info@reinadodemaria.org

www.reinadodemaria.org

